

el Sena, en suma, padeciendo física y moralmente, aunque pronto de continuo á volver á figurar como oficial valiente y entendido sobre el campo de batalla. Pernoctó, pues, en Salins á una legua del puente de Montereau, donde nos esperaban los mas vastos resultados, si nuestra actividad correspondiera á la urgencia de las circunstancias.

Agobiado Napoleon de fatiga tomó un instante de descanso en Nangis, con intencion de levantarse á media noche, segun su costumbre, para expedir las órdenes de manera que llegaran al amanecer á su destino. Ya estaba en pie á la una de la madrugada, y sabia que el mariscal Victor no se habia movido de Salins. Su enojo fué grande, pues todos los partes recibidos en el curso de la noche anunciaban que al retirarse el enemigo habia tomado sus precauciones para disputarnos los puentes de Nogent y de Bray, cosa de facilidad suma. Con efecto, las colinas, que en Montereau se alzan á orillas del Sena y los señorean por una y otra, se desvian de Nogent y de Bray, y asi no hay alli ninguna posicion dominante para disparar sobre los puentes. Por el contrario, aldeas, asentadas y bien barreadas á sus márgenes, ofrecian puestos, que el antiguo ejército de Bohemia, concentrado por su movimiento de retirada, nos podia disputar obstinadamente. Asi no quedaba mas que el puente de Montereau, y tenia tanta importancia que, una vez cruzado, se podia casi dar por conseguida la captura del cuerpo de Colloredo que se habia aventurado hasta Fontainebleau, y tomar asi á la vez quince ó veinte mil hombres constituia un suceso de los mas capitales. Napoleon intimó al mariscal Victor que saltara al punto del lecho, y sa-

cará sus tropas del vivaque, y corriera sobre Montereau á toda prisa. Personalmente se aprestó á marchar por el mismo rumbo. Antes de ponerse en camino prescribió á los mariscales Oudinot y Macdonald que se apoderaran de Nogent el uno y de Bray el otro, de ser posible, y de no considerarlo tal que se replegaran sobre su persona, á fin de desembocar en Montereau todos juntos. Llegada la Guardia á Nangis, despues de andar una jornada en carretas, la hizo seguir Napoleon detrás de Victor hácia Montereau sobre la marcha.

Durante este dia tuvo que adoptar una resolucion demostrativa de la importancia de nuestros recientes triunfos. Cuando fué á Nangis de noche, se presentó de improviso el conde de Parr, ayudante de campo del príncipe de Schwarzenberg, á pedir una suspension de armas ¡suspension que pocos dias antes y sin fruto ofrecia comprar Mr. de Caulaincourt al precio de los sacrificios mas crueles! ¿Cómo de tanta confianza, y soberbia y tiesura, se habia venido de pronto á tanta prudencia y templanza? De sobra lo explicaban los sucesos recientes consumados, patentizando cuánto habia ganado Napoleon en estos últimos dias. Juntos los soberanos dentro de Nogent y alrededor del príncipe de Schwarzenberg, solo recibieron vagas noticias de Blucher al principio, si bien muy luego supieron detalladamente la extension de los reveses experimentados por este general impetuoso, y conociendo por la rudeza de los ataques que acababan de sufrir ellos mismos, la circunstancia de estar Napoleon presente, de súbito concibieron resoluciones mas modestas que las que les animaban la misma vispera de esta jornada. Efectivamente, el

antiguo ejército de Bohemia se encontraba en situación muy grave, pues avanzaba de frente sobre una línea de batalla de mas de veinte leguas, desde Nogent á Fontainebleau, y en cuatro columnas, una ó dos de las cuales corrían gran riesgo de ser envueltas y destruidas, si Napoleon las adelantaba en el paso del Sena. Detenerle al punto era de la mayor importancia, y á pesar de los decires habituales del partido de la guerra á muerte, menospreciándolos ahora el príncipe de Schwarzenberg, ideó enviar á Napoleon un ayudante con la propuesta de hacer alto cada cual en el sitio que ocupaba entonces; diciendo que sin duda por ignorar lo que acontecia en Chatillon daba tan vivo impulso á las hostilidades; que las conferencias temporalmente suspendidas se acababan de abrir de nuevo sobre bases admitidas por Mr. de Caulaincourt mismo; y que probablemente dentro de algunas horas se sabria que los preliminares de la paz estaban ya firmados. Semejante asercion pecaba de superchería, ó adolecia de singular simpleza. Mr. de Caulaincourt no habia aceptado la ignominiosa proposicion de los aliados; se limitó á preguntar á Mr. de Metternich si la aceptacion sumaria de la tal proposicion seria á lo menos suspensiva de las hostilidades; y se lo preguntó al dia siguiente de la batalla de la Rothière, en un momento de desesperacion; pero suponer que despues de los combates de Champaubert, de Montmirail, de Chateau-Thierry, de Vauchamps, de Mormant, de Villeneuve, consentiria Napoleon en que Francia volviera á sus límites antiguos, y, lo que era aun peor, en que renunciara á tener voto acerca de la suerte que se destinaba á Italia, á Alemania,

á Holanda, á Polonia, se debia calificar de presuncion bien extraña, igual por lo menos á la que hemos censurado en Napoleon una vez y otra.

De todos modos, esto fué lo que se encargó al ayudante de campo del príncipe de Schwarzenberg, y así vino á proponerlo al cuartel general de los franceses. Por consiguiente, se exigia que Napoleon se detuviera en plena victoria para aceptar la degradacion de Francia y la suya.

No maravilla que recibiera con sonrisa irónica la noticia de la llegada del mensajero de la coalicion, ni que se negara á admitirle á su presencia, bien que asintiendo á tomar la carta del príncipe de Schwarzenberg, para decir que responderia mas tarde. ¡Y eso que ignoraba á qué linage de proposiciones se referia el mensaje llegado! No habiéndose podido comunicar sino muy dificilmente con Mr. de Coulaincourt, de quien estaba separado por todo el antiguo ejército de Bohemia, nada sabia de lo acontecido en Chatillon; ignoraba que despues de recibir Mr. de Caulaincourt las proposiciones mas oprobiosas, habia escrito á Mr. de Metternich confidencialmente; ignoraba que éste habia tomado como de oficio la tal carta y trasmitídola á los aliados, y que por tanto, para decidirle á pararse en sus triunfos, se le brindaba para Francia, no solamente la reduccion á las antiguas fronteras de 1790, sino tambien la renuncia al papel de potencia europea; ignoraba todos estos pormenores, y á no ser así de muy distinto modo acogiera al enviado austriaco. No vió en lo que se le proponia mas que el deseo de atajar su marcha victoriosa, sin sospechar las condiciones de paz subentendidas, y aun cuando se le presentaran cosas mucho

mas admisibles, no volviera su espada vencedora á la vaina en el momento en que un postrer triunfo podia mudar de plano la faz de los sucesos. Asi aplazó la respuesta, y continuó su marcha. Sin embargo, temeroso de que Mr. de Caulaincourt, cuyo espíritu se doblaba al peso de las angustias mas crueles, cuya sociedad en Chatillon se componia exclusivamente de enemigos que le dejaran ignorar nuestros triunfos, al cabo cediera á tantas obsesiones y usara de los plenos poderes, que le tenia confiados, con amplitud ya inoportuna, antes de montar á caballo para dirigirse á Montereau, le escribió la carta siguiente:

«Nangis 18 de febrero.

»Os tengo dada *carta blanca* para salvar á París y evitar una batalla, que era la última esperanza de la nacion. La batalla se ha dado, y la Providencia ha bendecido nuestras armas. He hecho treinta ó cuarenta mil prisioneros; he cogido doscientos cañones, gran número de generales, y he destruido muchos ejércitos casi sin disparar un tiro. Ayer he encentado el ejército del príncipe Schwarzenberg, y abrigo esperanzas de destruirle antes de que vuelva á pasar nuestras fronteras. Vuestra actitud debe ser la misma: por la paz lo debeis hacer todo; pero mi intencion es que sin mi orden no firmeis nada, porque mi posicion nadie mas que yo la conoce. En general, no deseo mas que una paz sólida y honrosa, y no puede ser tal mas que sobre las bases propuestas en Francfort. Si los aliados aceptaran vuestras proposiciones el dia 9, no hu-

»biera batalla; no corriera yo los azares de la fortuna en momentos en que el menor descalabro perdiera á la Francia, y finalmente, no conociera yo el secreto de su debilidad; justo es que me pertenezcan ya las ventajas de las probabilidades mudadas en favor mio. Quiero la paz, mas no que imponga condiciones á Francia mas humillantes que las bases de Francfort. Hoy ciertamente mi posicion es mas ventajosa que cuando los aliados se hallaban en este punto: entonces podian retarme; ninguna ventaja habia alcanzado sobre ellos, y estaban lejos de mi territorio. Ya es muy distinto el caso. Actualmente he logrado inmensas ventajas en su contra, y ventajas de tanto bulto que una carrera militar de veinte años y de algun brillo no las presenta semejantes. Pronto estoy á concluir las hostilidades y á dejar que los enemigos vuelvan tranquilos á sus paises, con tal de que firmen preliminares basados sobre las proposiciones de Francfort.»—

Segun se ve á las claras, si los aliados se forjaban ilusiones, tambien Napoleon incurria en el mismo pecado, puesto que, en vez de limitarse á rechazar lo inadmisibile, se propasaba á exigir lo que en su actual situacion no podia alcanzar de ningun modo.

Mientras empleaba de esta suerte los primeros instantes de la madrugada del 18, ya habia marchado, en fin, el mariscal Victor sobre Montereau, adonde llegó muy temprano. Despues de juntar el general Pajol sus tropas en el bosque de Valence, siguió adelante con su caballería, y algunos batallones de guardias nacionales. Al mismo linde del bosque de Valence llegaba cuando el mariscal

Victor desembocaba enfrente de la colina de Surville, que domina el Sena y la pequeña ciudad de Montereau. Esta colina de suave pendiente hacía Valence y hacía Salins, se torna en muy ágría por el lado del Sena. Desde su cumbre se descubre á su falda la ciudad de Montereau, con los dos rios que allí confluyen y el puente, objeto de gran valor que los dos ejércitos se iban á disputar con furia. Si se ganaba la colina de pronto, muy posible era lanzarse al puente y tomarlo antes de que lo cortara el enemigo, por ser de piedra y mas difícil de destruir que si fuese de madera. Pero se presentaba muy árduo el repentino ataque á la altura, como que la defendian los wurtembergueses en número crecido. Al príncipe real de Wurtemberg tenian por gefe. Este príncipe, á quien Napoleon habia maltratado mucho en otro tiempo, á quien el emperador Alejandro colmaba, por el contrario, de halagos, y á quien destinaba su hermana la gran duquesa Catalina en matrimonio, este príncipe de buen talento y gran bizzarria aspiraba á distinguirse, y á hacer olvidar con los servicios prestados á la coalicion la larga adhesion que al Imperio francés habia tenido su padre. De la posicion del puente de Montereau dependia la salvacion del cuerpo austriaco de Colloredo, aventurado hasta Fontainebleau, y cuya retirada era imposible, si los franceses pasaban el Sena antes de que retrocediera á Moret ó á Nemours por lo menos. Asi, á pesar del peligro de la posicion fiada á su custodia, el príncipe de Wurtemberg estaba resueltísimo á resistir á riesgo de ser precipitado de la colina de Surville al Sena.

De Villaron á Saint-Martin situó su infante-

ría, en frente del camino por donde se presentaban los franceses, y tenia apoyada con la colina de Surville la espalda. Además se habia cubierto con artillería numerosa.

Valeroso é inteligente el general Pajol como de costumbre, probó á trasladarse con su caballería al respaldo de la posicion de los wurtembergueses, para señorear el camino real que va por detrás de la colina de Surville y baja á Montereau en rápida pendiente. Mas detenido por una mortífera artillería, hubo de aguardar el ataque de la infantería del mariscal Victor antes de llevar á cabo su proyecto.

Una de las divisiones del mariscal, mandada por su yerno, el general Chateaux, oficial de mérito sumo, llegó la primera con señales de impaciencia extremada por reparar la falta, que Napoleon acababa de censurar tan severamente. De seguida se lanzó contra la colina de Surville hacía Villaron la derecha y hacía Saint-Martin la izquierda. Guiados con brio los soldados trataron de escalar la posicion cubierta de barreras; tras de salir bien al primer empuje, se les rechazó de seguida; varias veces tornaron á la carga, y no dieron cima á la empresa, á pesar de los prodigiosos esfuerzos de su arrojó.

No se economizaba el general Chateaux en el lance, pero su misma impaciencia encerraba el peligro de consumir la fuerza de division tan bizzarra antes de que pudiera ser sostenida, y de verter asi la sangre mas preciosa sin fruto. Pronto vino la division de Duhesme con el mismo mariscal á la cabeza, y relevó á la division de Chateaux, que se corrió mas á la derecha para atacar la colina por

la pendiente menos escarpada. Marchando el bravo general Chateaux al frente de sus soldados, fué herido por una bala á vista de su suegro, y cayó moribundo en sus brazos. Este funesto accidente perjudicó al ataque de la derecha, y poco adelantaba en el de la izquierda la division de Duhesme, como que embestia la posicion por el lado menos accesible, cuando llegó el general Gerard con las divisiones de Dufour y de Hamelinave.

Noticioso Napoleon de que se hallaban dificultades y enojado del mariscal Victor, habia enviado al general Gerard la órden de tomar el mando en jefe, lo cual ejecutó éste sin demora. Viendo que la artillería de los wurtembergueses nos molestaba mucho, juntó el general todas sus baterías, asi como las del segundo cuerpo, y asestó contra los wurtembergueses sesenta cañones, para quebrantarlos con fuego tan furioso antes de acometerlos á la bayoneta. Asi les causó tal estrago que, para librarse de este mortifero fuego, se determinaron á venir sobre nuestros cañones para arrancárnoslos de las manos. Les dejó el general Gerard seguir el avance, y de pronto y á la cabeza de un batallon les cayó encima, y con las puntas de las bayonetas les hizo volver á sus puestos. En este instante llegaba Napoleon con la Vieja Guardia, y Pajol amenazaba tomar la vuelta á la colina de Surville, despues de arrollar á la caballería enemiga. Ante semejante peligro cedió la firmeza de los wurtembergueses, y pensaron en batir retirada, para repasar el puente de Montereau; mas no se les dejó tiempo de efectuarlo, pues se les atacó en masa, se trepó á la colina, y se les desalojó de la posicion á viva fuerza. Arrancando Pajol al galope á la

cabeza de un regimiento de cazadores, se lanzó al camino real que pasa por detrás de la colina de Surville y forma allí pendiente muy ágría, y asaltó á los wurtembergueses amontonados al descenso, mientras la artillería de la Guardia ya arriada á la misma colina les acribillaba á cañonazos. En esto los valientes vecinos de Montereau, que solo aguardaban el momento de echarse encima del enemigo, se pusieron á disparar desde las ventanas, y pronto fué aquello una verdadera carnicería. A punto estuvo el príncipe de Wurtemberg de ser cogido, y no logró escape sino dejando en nuestras manos tres mil entre muertos y heridos y cuatro mil prisioneros con la mayor parte de sus cañones. Asi el objeto mas importante, el puente, quedó por los cazadores de Pajol, que lo atravesaron al galope, mientras estallaba una mina, que no hizo saltar la clave del arco. Napoleon, situado sobre la colina de Surville, desde donde dirigia personalmente su artillería, experimentó ante este espectáculo un extremado gozo, al cual se abandonó sin disimulo. Con efecto, esperaba resultados de gran monta de tan brillante hecho de armas.

Dueño ya de Montereau, su primer cuidado fué soltar mas allá su caballería para conocer la posicion del enemigo, y averiguar el paradero del cuerpo austriaco de Colloredo. Mas ya habia tenido tiempo de retroceder hasta el Yona, y á la sazón formaba la retaguardia del príncipe de Schwarzenberg. Por consiguiente, no era posible darle alcance, y menos con tropas cansadas, unas, como las del segundo cuerpo y de la reserva de Paris de resultas de pelear todo el dia; otras, como

las de la guardia imperial, por haber marchado sin cesar durante setenta y dos horas, haciendo de día doble etapa y pasando en carretas la noche. Así forzoso era hacer alto; dar tiempo á que el ejército pasara el puente de Montereau ya reconquistado, y encaminarse despues sobre el príncipe de Schwarzenberg en masa, para sorprender y destruir sus diversos destacamentos, si se les hallaba diseminados, para darles batalla, si se les encontraba juntos; batalla que se les daría con el ascendiente de la victoria y con los sesenta mil hombres que se tenían ahora á la mano.

Aunque el puente de Montereau se tomó con doce horas de retardo, no asistía á Napoleon pequeño motivo para estar contento de estas ocho últimas jornadas. Con efecto, despues de haber estado una semana antes en retirada de Brienne á Troyes, sin saber si podría defender á París, en este corto espacio de tiempo acababa de destruir el ejército de Blucher, y de poner en fuga al de Schwarzenberg; y con tal cambio de situacion habia para satisfacer el orgullo hasta del vencedor de Austerlitz, de Jena, de Friedland. Si Napoleon no exageraba la trascendencia política de sus triunfos, podía salir de esta guerra, ya que no con todas las condiciones de Francfort, á lo menos con algunas de las mas esenciales, y sobre todo, con ajustes que no se parecieran á las proposiciones oprobiosas de Chatillon en nada. Sin embargo, no se consolaba de no haber podido coger todo el fruto de sus excelentes maniobras, y cargaba la culpa á muchos de sus lugartenientes, por no hacer todo lo que se prometía de su adhesion en las actuales circunstancias. Con razon ó sin ella se

quejaba del general de artillería Digeon, que habia municionado mal las piezas, así la vispera como el día del combate de Montereau; del general Lheritier, que no habia cargado á los bávaros en el combate de Villeneuve; del general Montbrun (no el célebre del mismo apellido, muerto segun se debe recordar en el Moskowa), que no habia defendido el puente de Moret sobre el Loing lo bastante; del mariscal Victor, á quien culpaba de haber hecho mala retirada de Estrasburgo á Chalons, de haber defendido flacamente el Sena, de haber retenido las tropas en el combate de Villeneuve, de haber dormido en Salins en vez de marchar sobre Montereau, y, finalmente, de revelar á todas horas un abatimiento con puntas de mal humor y de funesto ejemplo. A los cargos dirigidos á estos diversos oficiales se podian dar muchas respuestas; en cuanto al mariscal Victor, aunque no mereciese la cólera de que era objeto, fuerza es confesar que se mostraba muy desalentado, y que solo delante del enemigo y á las órdenes inmediatas de Napoleon, se le veía con su natural temple de alma. Tampoco se debe pasar por alto que su familia era de las que mas afecto acreditaban á la emperatriz en aquellas horas de prueba. Lo sabia Napoleon, y bajo la impresion de estas diversas circunstancias quitó al mariscal su mando, para conferirlo al general Gerard. Este golpe, unido á la herida mortal del general Chateaux, sumergió al desgraciado Victor en la mas honda pena. Todo el día estuvo en la mitad del fuego, á pesar de no tener que dar órdenes á nadie, comprimiendo las lágrimas que le arrancaban así la muerte de su yerno como la especie de condena que le habia

caído encima. Aquella misma noche fué al castillo de Surville, donde se habia establecido Napoleon, á quien balló fluctuante entre la alegría del insigne triunfo conseguido, y el despecho del insigne triunfo frustrado. Napoleon no se contuvo al verle, y muy olvidado de la jornada de la Rothière, le reconvinó por su conducta durante los últimos dos meses, á estos cargos militares añadió algunos otros políticos, y acabó por decirle que, si se hallaba cansado ó enfermo, no tenia mas que dejar el ejército y darse al reposo. Considerando la orden de alejarse á la sazón como una deshonra, contestó el mariscal al emperador que empuñaria un fusil, y metido en las filas de la Vieja Guardia, moriria como soldado junto á sus antiguos compañeros de armas. Vivamente enternecido Napoleon de la emoción del mariscal, le alargó la mano, y consintió en conservarle á su lado. No podia retirar al general Gerard el mando del segundo cuerpo que le habia conferido por la mañana, y del cual se hizo tan digno, pero compensó al mariscal de otro modo. De París acababan de salir dos divisiones de Joven Guardia, las de Charpentier y Boyer, apostadas á lo largo del Esona, para cubrir la capital á la márgen izquierda del Sena. Con ellas formó Napoleon un cuerpo de la Guardia, y puso al mariscal Victor á su frente. Colocarle cerca del emperador y quitarle así toda responsabilidad, era á la vez consolarle y comunicarle bríos, porque exento de los desvelos del mando superior figuraba de nuevo como uno de los mejores oficiales del ejército.

Al dia siguiente 19 de febrero deseara Napoleon marchar sin tardanza sobre Nogent, á fin de

continuar la persecucion del príncipe de Schwarzenberg, y de darle una batalla general, si le podia obligar á aceptarla; pero la necesidad de que desfilaran por el único puente de Montereau todas las tropas actualmente reunidas, esto es, las dos divisiones de reserva de París, el segundo cuerpo, la Guardia imperial, la division de España, y por último, el cuerpo del mariscal Macdonald, que no pudo pasar por Bray el Sena, trajo consigo la pérdida de todo el dia 19. Mientras empleaban el tiempo en desfilar por el puente de Montereau sus tropas, Napoleon tomó sus disposiciones para estar cuanto antes en presencia del enemigo, y si podia sobre su flanco. Estando destruidos los puentes de Bray y de Nogent, hizo que se preparasen medios de paso para el cuerpo del mariscal Oudinot cerca de este último punto; se acaba de ver que el del mariscal Macdonald lo habia llevado á Montereau mismo. El proyecto de Napoleon consistia en dejar atrás esta pequeña ciudad, torcer á la izquierda, seguir á lo largo del Sena hasta Mery, no lejos de su confluencia con el Aube; y ya aquí, en vez de seguir al príncipe de Schwarzenberg por el camino de Troyes, dejar un cuerpo solo detrás de su huella, y con el grueso de sus tropas cruzar el Sena por Mery, remontarlo por la orilla derecha, mientras el príncipe de Schwarzenberg lo remontara por la izquierda, aprovechar la circunstancia de no tener enemigos delante para andar mas de prisa, y por último, repasar el Sena mas arriba de Troyes, para dar batalla al príncipe de Schwarzenberg sobre su línea de retirada, y sobre su línea de comunicacion con Blucher; dos ventajas de gran bulto y de suma trascendencia. Así este es-

piritu inagotable, privado de una combinacion al golpe imaginaba otra, no menos practicable y fecunda.

Napoleon condujo, pues, á la izquierda y hácia Nogent el grueso de sus fuerzas: no obstante, para no quedar sin enlace con el Yona y no sobrecargar el camino real de Troyes, dirigió un poco á la derecha al mariscal Macdonald por San Martin-Bosnay y Pavillon, y al general Gerard por Trainel y Avon, todavía mas á la derecha. Al general Alix, bizarro defensor de Sens, fió el cuidado de volver á ocupar las márgenes del Yona con las guardias nacionales y la caballería del general Pajol. De resultas de fatigas indecibles se le habian abierto á éste las heridas, y Napoleon envióle á París despues de colmarle de recompensas, nombrando al general Alix en su reemplazo. Algunos aumentos hizo á la Vieja Guardia con dos batallones compuestos de los antiguos gendarmes de España, lo cual hacia subir á diez y ocho los de la division de esta clase de tropa que tenia á su lado, hallándose la otra hácia Soissons al mando del mariscal Mortier, y agrególa tambien muchas compañías de reclutas, destinadas á salir en guerrillas, mientras los veteranos permanecieran en las filas á semejanza de murallas. Tambien reiteró las recomendaciones para que no cesara un instante la formacion de nuevos batallones de línea en París y de nuevos escuadrones en Versailles. Sobre todo, prescribió que se construyera un tren de puente con las barcas que se pudiesen recoger sobre el Sena, dado que por falta de tal instrumento de guerra el paso de los rios franceses se habia hecho casi tan dificultoso como el de los rios extranjeros, y oponia

un obstáculo continuo á todas nuestras combinaciones.

A estas diferentes providencias dedicó Napoleon los dias 19 y 20, que emplearon en pasar el Sena por Montereau y encaminarse á Nogent sus tropas (1). Momentáneamente estableció su resi-

(1) Ya hemos hecho notar que, por no conocer la correspondencia de Napoleon, se le atribuyen á menudo faltas no cometidas ó intenciones jamás abrigadas. Nuevo ejemplo suministran los dos dias que pasó en Surville. Diversos críticos franceses y extrangeros, despues de preguntar por qué al dejar á Blucher no marchó en derecha de Montmirail á Provins para caer de flanco sobre el príncipe de Schwarzenberg, en lugar de dar un rodeo á la espalda por Meaux y Guignes, preguntan además por qué no cruzó el Sena por Nogent ó por Bray, en lugar de cruzarlo solo por Montereau, y por qué, ya elegido este solo punto, perdió en el castillo de Surville dos dias enteros. La lectura de sus cartas responde á todas estas preguntas. Asi en Nogent como en Bray la naturaleza del terreno llano y cubierto de poblaciones á ambas riberas, ofrecia al enemigo tales elementos de resistencia que no habia esperanza de forzar el paso, y además habia pocos medios de preservar de destruccion los puentes, por la circunstancia de ser de madera. Al revés en Montereau, gracias á la colina de Surville, que dominaba la opuesta ribera, se podia apoderar menos difícilmente del paso, y además siendo el puente de piedra habia mas medios de salvarlo. Los sucesos probaron que Napoleon tenia razon. Finalmente, la esperanza de copar el cuerpo adelantado hasta Fontainebleau, era un postrer motivo capital para preferir el paso por Montereau. Y no por esto dejó de intentar Napoleon el paso á la vez por los tres puntos, haciendo mas hincapié en el postrero que fué el único en que lo pudo llevar á remate. De consiguiente hizo todo lo que era posible. En cuanto al tiempo perdido los dias 19 y 20 de febrero, su correspondencia demuestra que hervia de impaciencia durante las horas empleadas en cruzar el puente y la pe-



dencia en el castillo de Surville, y bien necesitaba del tiempo que le era consentido, pues no solo tenía que cuidar de las tropas colocadas directamente bajo su mando durante estos dos días, sino también de las que sustentaban las diversas fronteras de Francia, las cuales no exigían menos su vigilancia y particularmente su fuerte impulso. El general Maison, enviado á Bélgica en relevo del general Decaen, á quien Napoleón acusaba de haber abandonado á Willenstadt y á Breda, se esforzó en hacer cara á los peligros de toda especie de que se veía asediado. Aprovechando el instante que tuvo á su disposición las divisiones de Jóven Guardia de Roguet y de Barrois, se lanzó sobre los ingleses del general Graham y sobre los prusianos del general Bulow, y obligóles á alejarse de Amberes. Pero privado de la division de Roguet muy pronto, y reducido á la division de Barrois y á algunos batallones organizados de prisa en los depósitos del antiguo primer cuerpo, contando á lo sumo de siete á ocho mil hombres de tropas activas, se vió en la alternativa de permanecer encerrado en Ambe-

queña ciudad de Montereau. Pasado este desfiladero, se necesitó el día 20 para concentrar á la izquierda y hácia Nogent las tropas. Así no se perdió un instante, y Napoleón, que atravesaba en tres horas los espacios que su ejército solo trasponía en veinte y cuatro, pudo permanecer el 20 en Surville para emplearlo en sus negocios generales, no menos urgentes que los que tenía á la vista. Por tanto ahora como siempre tiene razón contra sus censores, mas entiéndase que solo cuando se trata de operaciones militares. Sin embargo, para convencerse de esta verdad, es menester leer sus despachos y correspondencias, que hasta el presente nadie ha tenido á su disposición para escribir la historia.

res, ó de separarse de esta plaza para tratar de cubrir la Bélgica. A este último partido se atuvo como mas juicioso, y dejó en Amberes una guarnición de doce mil hombres con el ilustre Carnot, de quien Napoleón aceptó los servicios brindados noblemente en tan extremos instantes. De seguida trasladóse á Bruselas, luego á Mons y á Lila, dejando aquí y allí en las plazas del Norte los víveres que podía haber á la mano, y los conscritos á medio armar y á medio vestir que lograba sacar de los depósitos. Mientras Carnot sufría con impasible firmeza un bombardeo horrible, y que sin embargo no hacía lesión á la escuadra, blanco de todos los furores de Inglaterra, maniobrando Carnot con un puñado de soldados entre las demás plazas del Norte de Francia, había salvado nuestra frontera en cuanto lo permitían las circunstancias, y conservado una fuerza siempre activa para caer sobre los destacamentos enemigos que se encontraban á su alcance.

Napoleón, á quien en su situación penosa era muy difícil dar gusto, sin cesar excitaba al general Maison á no permanecer pegado á sus plazas, á atacar por la espalda á las tropas que por Colonia habían marchado sobre Champaña, y atormentaba con cargos innecesarios á este gefe, que no necesitaba ser estimulado, como que se había acreditado de hábil, de vigoroso y de infatigable en la defensa de esta frontera.

Algo mas justo andaba Napoleón en reconvenir á Augereau, aunque también por la costumbre de pedir mas para lograr menos, se mostraba demasiado exigente. Sin embargo de sentirse este mariscal ya viejo y cansado, y aun desabrido, se le